

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 21 DE ABRIL

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

UNA FIGURA EJEMPLAR

Wilson

Si me preguntaran cuál es la mayor gloria de Wilson, respondería sin vacilar: su fracaso. Su fracaso, porque en él radica la evidencia de su superioridad. Lo que hubo de redentorismo en su obra tenía que ser coronado forzosamente con la irrisión y la cruz. Su cruz fué la soledad de su destierro espiritual, y la amargura de la incompreensión debió de confortarle como una copa de mirra.

Reconstruyamos la hora histórica de ese hombre. Hay en ella la paradoja de un conflicto formidable; una conciencia hondamente pacifista puede ser arrastrada a la guerra por amor a la paz. Wilson era un buen profesor de Derecho, que había templado su alma nativa en el ambiente de su ciudad universitaria. Elevado a la suprema magistratura de su país, representó el advenimiento de un sentido político opuesto a la trivialidad energética de un Roosevelt. No era precisamente un continuador de la tradición austera (un poco a lo Cincinato) de Washington ni de la herencia puritana de Jefferson. Su verdadera tradición estaba en Lincoln, porque, como el presidente mártir, aportaba a la política una valerosa fidelidad hacia las normas ideales.

Su caso personal tiene algo de la aventura interior de Fausto. Así como Fausto ve súbitamente transportado a la realidad vívida el mundo cerebral de los mitos y de las entelequias, y tiene amores con la Belleza misma, cuajada desde su abstracción en las formas vivientes de Helena, así ese hombre descendió a la vida política material desde sus libros y sus elucubraciones. ¡Maravillosa ingenuidad la suya! Nadie puede negarle el mérito singular de haber subido al Capitolio con su alma de niño y haber creído, ingenuamente, que la política es el arte de aplicar a la realidad el ideal puro, y no el arte de prostituirlo con argucias. Ya no serían para él meras abstracciones de cátedra las actividades ofrecidas a su labor ciudadana. Serían carne de pueblo, oleadas de muchedumbre, la vida íntegra de un gran pueblo en sus grandezas y miserias.

Pero no sospechaba que su magisterio había de adquirir amplitudes mucho mayores. Allá, en Europa, tierra sustraída a

la previsión de su pueblo y de sus antecesores, estalló el conflicto más formidable de la historia. Todo el sedimento de las viejas barbaries, concentrado en la supervivencia de las antiguas formas de dominio, se desbordó en su natural consecuencia: la guerra. La guerra, para ciertos regímenes, no es un medio; es un fin. La guerra es una extensión de la caza, y tiene su placer en sí misma, para las formas atávicas de la sociedad.

La primera impulsión de la conciencia de Wilson fué el horror, simple y puro, a la gran fiereza desencadenada. En aquel momento, la abstracción de su pacifismo prevaleció sobre toda consideración anecdótica. No quiso plantear ante su pueblo la cuestión jurídica envuelta en el caso concreto de «aquella guerra». Odio, sencillamente, «la guerra». Y pareció que la sede del Capitolio de Washington era una elevación de la an-

tigua cátedra rectoral de Princeton, desde la cual un profesor modesto dialogaba platónicamente con los filiales discípulos...

El segundo momento debió comenzar cuando el kaiser consideróse obligado a explicar al presidente la incalificables destrucción de Lovaina. Acaso influyó en aquel impulso de Guillermo II el rubor de su obra ante la jerarquía profesoral de Wilson... ¿Recordáis los términos inauditos de aquella misiva? La considero un caso nunca superado de cinismo histórico: «Nos hemos visto obligados a destruir la ciudad; pero hemos conservado el bello edificio de su Ayuntamiento...» ¿Imagináis ahora el efecto de aquella lectura en el alma del presidente? El diálogo entre los dos jefes tiene la forma trágica del choque entre dos humanidades. Jamás podían comprenderse. El uno era la supervivencia de los caudillajes materiales, mesnadas salidas de los viejos castillos para sus correrías de presa. El otro era la guía luminosa de los espíritus para la obra de amorosa convivencia entre los pueblos.

Este segundo momento llegó a su madu-

(Pasa a la página 67).

El sermón de Juan

«En aquellos días vino Juan Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos porque el reino de los cielos se acerca».

SAN MATEO—III—19

POR las tardes, al caer el sol, y en las noches claras, iluminadas por la luna y por el enjambre de las estrellas en el cielo límpido, hablaba Juan con palabras apasionantes sobre el Mesías, que todos esperaban; cómo se haría para establecer y consolidar el Reino; cómo habría que enderezar las sendas del Señor para que la Justicia anduviera por ellas sin estorbos. De pié, sobre algún risco o sobre una peña que surgía de la corriente, su alta y dura silueta se recortaba en el aire sereno, y sus ademanes poderosos recordaban la vara de Moisés, dividiendo las aguas. Los ecos de su voz, sonora como la voz de la tormenta, recordaban los truenos del Sinaí, y hacían pensar en una Nueva Ley, más viva y más severa que aquella que se grabara sobre tablas de piedra.

Por la mañana, desde que se oía el canto de las alondras, el Profeta se purificaba sumergiéndose en el Jordán, y luego, cate-

quizaba a los neófitos. Antes que fueran éstos dignos del bautismo, ¡cuántos desmayos y vacilaciones! Cuántas dudas y confusiones en aquellas almas semi-arrepentidas, y cuántas sombras que desvanecer en muchos que deseaban la Nueva Era, pero que no comprendían cómo había de ser su advenimiento. La rutina, el miedo, la pereza, el orgullo, la codicia, la estulticia, todas las hidras ahullaban a un tiempo, revolviéndose contra el profeta, en aquella lucha cuerpo a cuerpo con las tinieblas. Así, a cada uno a quien iniciaba con el bautismo, Juan sentía como si aquel agua que vertía sobre la cabeza contrita se llevara una costra de impurezas; sus dedos sarmientosos arrancaban errores e iniquidades de aquellas almas orinecidas en el mal, y cuando, ya el sol en el zenit, Juan, extenuado, se alejaba para reparar sus fuerzas con un sorbo de miel silvestre, el profeta

sentía como si todos aquellos pecados y errores se hubiesen filtrado a través de su cuerpo, y un dejo de laxitud y de tristeza sedimentaba en su alma.

Cada mañana aquel diluvio de pecados caía sobre su cabeza y angustiaba su corazón; cada tarde el Jordán, lento y tético, como si enfermara del impuro contacto, arrastraba sobre sus ondas turbias aquel cieno de mentes y de almas, para ir a descargarlas sobre las aguas oleosas y negras del Mar Muerto, donde el asfalto, pesado y oscuro, se cargaba de miasmas extraños.

* *

Para aquella tarde Juan tenía una faena acerba: muchas gentes llegaron desde el día anterior, en busca de aliento y de luz, pero también numerosos escribas y fariseos que venían a sondear al Profeta; a ver si era temible; a ver si urgía derribarle y de qué manera se haría con certeza y sin riesgo. *¡Raza de víboras!...*

La tarde era fresca, y anunciaba un crepúsculo rico de gracia y de color. Ya una nube ancha y densa iba ascendiendo desde el ocaso, y tiñéndose mientras subía, de un matiz de cobre fundente, que al reflejarse sobre la tierra, envolvía todas las cosas en una luz dorada, como de rosas gualdas marchitándose. Los espinos, bañados en aquella cálida luminosidad, parecían astas metálicas y sus saetas, erizadas en la corteza, eran como dardos de fuego próximos a volar en todas direcciones.

Sobre los riscos, los cardos azules se transformaban lentamente en grandes y trémulas violetas, y los escuetos cactus de verde indeciso, enternecían su pétrea corteza con un verde claro y apacible, como el de los tallos de un platanal en la hora del alba.

Del otro lado del Jordán llegaban hondos y quejumbrosos los gemidos de las palomas silvestres, y el murmurio del agua desmayándose de piedra en piedra, musitaba una plegaria que era más de suspiros que de palabras.

De pie, sobre una peña que surgía de un cinturón de espumas, a breves pasos de la orilla, Juan hablaba del Reino, ya inminente.

—¿Qué pensais qué ha de pedir el Mesías? ¿Sacrificios de animales? ¿Guardar el sábado estrechamente, y ayunos rigurosos como está mandado en la Ley? No, las cosas literales de la Ley vosotros las cumplís de sobra, y las cumplís sin dejar de prevaricar y sin dejar de ser codiciosos y soberbios. Vosotros, sobre todo, Doctores de la Ley, sois maestros en ayunos y sacrificios y en orar públicamente, y así también sois maestros en despojos y en iniquidades. De cierto, no os valdrán ahora vuestras fórmulas y abluciones. Si entráis en el Reino, será por la puerta de la misericordia y de la suavidad de corazón. Oídllo, y retenedlo bien: no hay más que esta senda para entrar en el Reino: dar la mitad de vuestro pan a quien no tuviera ninguno, y si tenéis dos túnicas, dar una a quien se halle desnudo.

Después, fué glosando con patéticos términos las invectivas de Isaías:

—El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; sólo vosotros no conocéis el bien, y carecéis de entendimiento!

¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos! De nada servirá castigaros una vez más, porque una vez más os rebelaréis. Por eso es que en Judá toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay nada ileso en este pueblo; todo son heridas, hinchazón y podridas llagas!

¿Qué me importa a mí, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros y del humo de animales grasos, y ansioso de compasión y de misericordia.

¡No quiero más sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos! ¿Quién demandó eso de vuestras manos, cuando viniésteis a hollar mis atrios? No puedo sufrir más vuestros vanos presentes; ya vuestros perfumes me son abominables; ya no puedo sufrir vuestras solemnidades y ceremonias ni vuestras oraciones sin fin. ¿Para qué alzáis vuestras manos a mí, si están manchadas de sangre?

Id, lavad la iniquidad de vuestras obras; restituid al despojado; haced justicia al huérfano; amparad a la viuda. Pero ¿qué habéis de hacer, si vuestros príncipes y vuestros jueces son prevaricadores y compañeros de ladrones? Todos aman las dádivas y corren tras de las recompensas; no tienen oídos para el huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda...

Pero ya la segur está puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no tenga buen fruto será arrojado al fuego. Y entonces, ¡ay de vosotros, generación de víboras! Los menos castigados quedaréis como el olmo cuando se le caen las hojas, o como un huerto si le faltan las aguas...

Por eso os digo: si no queréis ser raídos como la podre que se rae de la llaga, enderezad los caminos del Señor; bajaos de vuestra soberbia, y ensalzaos a los que yacen abajo, asentados en sombra de muerte. Partid el pan con los hambrientos, y el vestido con los desnudos; abrid vuestra puerta al peregrino, y perdonad su deuda al desvalido.

Porque el Reino se acerca. Porque el Mesías viene ya con pasos presurosos a tomar posesión de su Reino... Ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias. Viene como nube cargada de rayos y de tinieblas, para los prevaricadores y para los que amontonan riquezas, y como estrella del amanecer para los que caminan limpios y humildes por sus caminos. A estos ha de glorificar, apartándoles a su lado, como el trigo que se halló bueno en la era. A los otros, espigas vanas o cizañas devoradoras, consumirá con fuego que nunca ha de extinguirse.

¡Oid y atended! Porque ¡ay de aquellos que cierran sus oídos a esta voz que clama en el desierto:... el Mesías viene ya... El reino de Dios está próximo...!

* *

Calló Juan. Estremecimientos de inquietud sacudían al corazón de las turbas, y sin pensarlo, muchos volvían la cabeza inquietando en el horizonte a ver si apareciera el Mesías y otros aguzaban el oído a ver si distinguían lejanamente el eco de sus pasos.

Pero todo estaba solitario y callado. Un silencio apacible descendía de las alturas, apenas subrayado por el gemido de las torcaces invisibles. El río encrespaba sus espumas, como si él también se apercibiera a ir al encuentro del Mesías. En lo alto, la nube de cobre fundente se había cambiado en un desmadejamiento de plata, y los cardos, los espinos y las arenas se volvían relucientes y claros, como si todos entraran en una nueva aurora, pasando suavemente de las tristezas de la tarde a las claridades y ternuras del amanecer.

Diríase, en verdad, que una nueva vida comenzaba, y que el Mesías entraba ya en su Reino...

Juan, hirsuto, ceñudo, bajó del pedrón desde el cual había proferido sus amenazas, atravesó la franja hervorosa de las aguas, y fué, lento y grave, a través de las turbas, que se abrían temerosamente a su paso, como se abren las espigas al impulso del viento... Juan se alejaba.

Ya cerca de su tienda, una voz le hizo detenerse.

—¿Rabí?

Se volvió. Alguien le seguía. Era un joven alto, erguido, sereno, de ojos profundos y de sonrisa melancólica. Una barba sedosa ovalaba su rostro, y una aureola de cabellos finos y ondeantes caía sobre sus hombros amplios.

La mirada serena del joven y la mirada tormentosa de Juan se encontraron... Juan se estremeció... Todas las intuiciones de su ser, concentradas como por una lente, se enfocaron en sus ojos para escrutar al desconocido, y en el fondo de su corazón oyó resonar una voz que parecía el eco de sus propias palabras: «el Mesías ya viene...; ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias...»

Pensativo y como azorado, permaneció unos instantes contemplando al desconocido... Luego, sin preguntarle nada, alzó la diestra, trazó en el aire un signo misterioso y dijo conmovido: —Venid, Rabí.

Los dos maestros entraron en la tienda.

A. MASFERRER

(El Día, San Salvador).



Wilson...

(Viene de la página 65).

rez cuando Alemania extremó su desprecio al derecho de gentes y proclamó la crueldad de la guerra submarina. El hundimiento del *Lusitania* había sido ya, para los hombres del temple de Wilson, la revelación de que podía existir una morbosidad de espíritu jamás sospechada.

Desde entonces, en la conciencia del presidente formóse una angustiosa interrogación: ¿Puede un pacifista lanzar su pueblo a la guerra por fidelidad a las normas de paz? ¿Puede haber paz en la conciencia de un pueblo que contempla pasivamente el atropello de la justicia? Porque nuestra obligación de justicia y paz no puede ser un deber negativo, un deber de abstención. Es un deber activo, un impulso ineludible de intervención. Es lo que el ideal antiguo entendió por caballería andante. No hay mayor hipocresía de honradez que la del hombre que se refugia en su casa para no manchar sus vestiduras en la lucha por el bien, o para no incurrir en el odio de los malos.

Y el presidente Wilson, espoleando en la psicología de su pueblo la generosidad de las intervenciones libertadoras, reaccionando contra el pozo crematístico de las grandes urbes materializadas, tuvo el romántico gesto con el cual la posteridad verá siempre su figura; lanzó su pueblo a la guerra, a una guerra paradójica por la paz.

Hubo en ese gesto dos valores históricos capitales: la pureza del móvil y la significación intercontinental del hecho. Hasta entonces, sin duda, la guerra europea había determinado bien la representación respectiva de los adversarios. Era claro, para un espíritu libre, en cuál de los dos bandos estaba el interés humano, universal. Pero la intervención americana pareció una sentencia. El magistrado profesor, que contemplaba la pelea desde su Capitolio, había dictado, por fin, su fallo. Y todo el mundo comprendió la eficacia ejecutiva del gesto.

Además de envolver ese valor histórico, la intervención de Wilson iniciaba la expansión de América sobre Europa. La vieja fórmula monroísta era sustituida por un vuelo insospechado de imperialismo espiritual. Quedaba invertida la antigua relación entre el Viejo Mundo y el Nuevo. La antigua colonia se erguía frente al Continente metropolitano y abría un camino de incalculables grandezas. Una colonización de cultura hegemónica y supremacía civil se ofrecía al ensueño de América. América descubría a Europa...

Vino la victoria. Y con ella empezó el verdadero Calvario de Wilson. Jamás un hombre se ha visto envuelto en más luminosa aureola de respeto. La cátedra del nuevo Capitolio tomó las proporciones de un pontificado laico, en contraste con la tímida ambigüedad de la sede romana. El viaje de Wilson a Europa empezó con los

aires de una correría triunfal. El Continente vetusto aclamaba la juvenil iniciación del Nuevo, acudido al gran duelo judicial como un campeón de místicas advocaciones.

Pero entonces se entabló otro diálogo de incompreensión y recelo. La diplomacia europea, heredera de Talleyrand, de Metternich, de Bismarck, no podía admitir la beligerancia de la infantil *naiveté* wilsoniana. Se había aceptado la beligerancia salvadora de sus soldados; pero se rechazaba con equívocas sonrisas la enojosa beligerancia de sus nobles fórmulas... Aquel hombre no era ya un campeón quijotesco, enarbolando su divisa blanca sobre los campos rojos y desvastados; era el *Hurón* de Voltaire, el Ingenio, que creía formado a su imagen y semejanza el mundo de la otra orilla del Atlántico.

¿A qué recordar esa lamentable odisea? Poco después que París y Roma habían tre-

pidado de frenesí aclamatorio en torno a la carroza de Wilson, bromeaba el viejo Clemenceau sobre la figura del iluso presidente; turbas ebrias invocaban en Roma la muerte contra él; y el energúmeno D'Annunzio le insultaba y provocaba, «cuchillo en boca», amenazando la orilla dálmata del Adriático...

Pero ahí está la grandeza de Wilson. Ese campeón no tuvo la coronación de un César ni la gloria sonora de un Garibaldi; pero recibió la amarga befa de un Quijote. Y en ese quijotismo radica su verdadera eficacia.

¿Ha fracasado su obra? ¡No! Ella actuará, desde lejos, continuando la estirpe moral y sentimental de sus predecesores, la dinastía de generosidad heroica, sobre un porvenir que no podemos imaginar todavía. ¿Acaso su obra es esta Sociedad de Naciones, débil y calculista? ¡No, no! Cuando el aguijón de la suprema conciencia remueva la angustia dignificadora de los hombres, la figura de Wilson surgirá como un remordimiento.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

Dietario en Zig-Zag

A Leo Legris

No os descuidéis de mandarles vuestro libro futuro a Tristán Deréme. Es fantasista como vos. En la dedicatoria podríais poner: «Ni me conocéis ni os conozco. Pero sé que nos diferencia abiertamente el que vos cantáis la pipa y el caracol... y yo sólo canto la pipa».

No os descuidéis de mandarles vuestro futuro libro a Jean Marc. Es fantasista como vos. En la dedicatoria podríais ponerle: «Mi libro os gustará. Por mi libro aprenderéis que hay dos perezas y dos melancolías».

Lo que os ha de ser penoso es el no poderles mandar vuestro libro a P. J. Toulet y a Jean Pellerin. Ya no existen. Fueron fantasistas como vos.

Una noche—bien oscuro vuestro cuarto—debéis evocarlos y leerles vuestro futuro libro en voz bien alta. Preparad un verso afilado para que taladre las tinieblas, y, después, lanzaos a leer. Por el agujero que abra el primer verso pasarán los otros perfectamente.

P. J. Toulet y Jean Pellerin, sorprendidos por el hermano santafereño, os escucharán deleitados. Y no nos atreveríamos a asegurar que algunos de vuestros poemas—aprendidos en espíritu—no sea publicado en alguna de esas revistas de corto tiraje que deben publicar en el más allá los poetas que vagan por los espacios.

Influencias

CÁMARA tropical que casi no se ve.

Es de noche y un largo pañolón de frágil seda vela la lámpara.

Se nos invita a sentarnos en un ángulo de la cámara, lleno de almohadones de floreada cretona que imita brocado:—almohadones crasamente redondos; panzudamente alargados.

El que habla:

Imposible nuestra tierra tropical para un refinado. ¡Sueño tanto! Mujer parisina de manos consteladas de piedras; de brillantes uñas laminadas de verde y de naranja. ¿Por qué el destino nos aherroja en ambientes enemigos? La evocamos—ambar que arde—mientras nos ofrece mortales licores en vasos líricos; vestida de velos muertos y martirizada por hirientes perfumes. Un decorado exótico la rodea: agua de espejos y lascivas orquídeas negras hundidas en vasos que son como un suspiro cristalizado. ¡París! Largo refinamiento. Luz alta. Ciudad de los Lorrain; de los Claude Farrère, de los Lombard... París!

Mientras el que habla sigue hablando, nos fijamos: Sobre una mimbrea mesa, apenas entrevista, duermen los libros de ese inteligente *descrestador* que se firma Pitigrilli.

Una nueva especie

¡Sí! Podría llamársele literatocisne. Siempre se desliza por las superficies. De vez en cuando hunde el pico... y saca un nombre al azar; uno de los últimos que han sonado. Todo lo conoce por las vagas apariencias refle-

jadas en el agua. Es levemente sutil. De una sutilidad externa: la sutilidad del recibir las sensaciones en las alás, sobre las largas plumas, no en la cabeza. Un grito, una palabra—o una cita de tercera mano—una ristra de nombres enhebrados como vienen—lo sacuden... Y el literato cisne sigue deslizándose por el lago del Arte.

Por la estela que su paso deja en el agua, los que no tienen el ojo práctico, no sospechan que el que pasó es un cisne, un cisne leve...

Lo confunden con una nave.

Un río...y una canción

QUÉ ritmo es más largo: el ritmo del río?; el ritmo del cantar?

Qué gime más: el canto?; el agua?

El cantar tiene un origen, igual que el río: una grieta de la montaña; una grieta del corazón.

El cantar tiene un fin, igual que el río: la sal del mar; la sal del llanto.

Por la palúdica agua del río tropical una barca negra arrastra al que canta.

Magister scholarius

TÖPFFER ha puesto al frente de sus primeros viajes:

«El escritor y el pintor que no saben sino copiar la realidad que ven, son escritores y pintores documentados, ciertos, pero de una documentación y de una tristeza sin encanto ni profundidad.

«Aquellos a quienes su genio o su corazón revelan lo que la realidad oculta, son verdaderos sin ser nimios, profundos sin ser rebuscados. Y serán los necios los únicos que les pedirán las pruebas de la justeza de sus imitaciones y los certificados de defunción de sus personajes».

Santa montaña del perpetuo deseo

ERA más alta y más azul que todas las montañas altas y azules del horizonte.

Ningún azul como el azul de la alta montaña.

Azul de misterio; azul de leyenda; azul de lo que no existe.

Y una ermita la coronaba.

Y en la ermita la Virgen de la eterna soledad; la Virgen de los grandes vientos; la Virgen de los palpitantes silencios; la Virgen de los ilimitados espacios.

¡Aquella montaña!

Un año, y otro año, y otro año, nos prometíamos escalarla.

¡Santa Montaña del perpetuo deseo! Azul, azulísima.

Con un azul de profundidad; con un azul de ceguera.

Desde nuestra sala la veíamos, en primavera, tras del vaso de flores nuevas que habíamos puesto en la ven-

tana; en verano, por entre la alegría de las móviles hojas de una parra; en otoño, allá de la llanura fecunda, y en invierno por entre los copos silenciosos de la nieve.

Al salir el sol, iríamos hacia ella; realizaríamos el deseo de hollar sus picos difíciles.

Pero en seguida, buscaríamos, para desearla, otra montaña, aún más azul; otra montaña aún más alta.

Madrigal

NÁCAR. Terciopelo. Nieve. Corales. Amiga nuestra, ¿cómo loarte?

Tocas música de Carisimi en vibrante clavecín, añoras el miriñaque y te abanicas con un abanico de largas y rizadas plumas.

Es que para ti, amiga nuestra, deberíamos escribir una loa especialísima, enfática; una loa hecha en la prosa untuosa del Bernardín de Saint-Pierre de las *Harmonies de la Nature*; una loa madrigal con citas eruditas para apoyar la tesis de la superioridad de la Naturaleza sobre Fidias, pues Fidias no llegó sino a esculpir la Venus y la Naturaleza te esculpió a ti;

una loa que te permitiera darnos las gracias con una carta de las que sirven para Antologías, escrita bajo esta lámpara de luz discreta y soñadora que te alumbra, y que alumbra el ramo de lilas que hay sobre el clavecín de tu sala.

Calle de jardines

CALLE de jardines, de muchos jardines, que tienen muchas flores... Hay tantos, tantos, tantos jazmineros florecidos!...

Silencio en la calle...

Tres distintas notas de agua de tres surtidores... ¿Por qué los surtidores tendrán diferente voz?

Rumor de pasos.

Pasan ocho niñas vestidas de azul turquí con lazos rojas en la cabeza. Pasan, acompañándolas, dos Hermanas vestidas de negro y con toca blanca.

Y nada más...

Muchos, muchos, muchos jazmineros florecidos. Algunas rosas asomadas.

Un reloj de sol marca las tres de la tarde.

RAMÓN VINYES

Noticia de libros

SERRANIAS,
POR ANÍBAL RENI

A no dudarlo, jamás ha habido una cosecha tan prolija de «jóvenes poetas» como en los tiempos presentes; ¿queda hoy, Dios mío, algún joven que no escriba versos? Desde los banquillos de la escuela se tiene la noción del verso, y sin ir a colegio, la declamación de las poesías vulgares, en boga todavía, despierta en cualquiera el sonsonete, no el sentido interno y profundo, del ritmo. Nuestros jóvenes de hoy no sólo son poetas, pues que sienten las emociones de que hacen ostentación los poetas, sino que todos están preparados para escribir lo que sienten, o para conseguirlo al menos. Los poetas así formados constituyen una legión numerosísima: en cada poblado hay uno por lo menos, en cada país los hay a millares, en América son incontables. Pero se les distingue en seguida; quedan para siempre marcados con el hierro candente de su falsía; sus modales pueden ser distinguidos o groseros: los unos logran a veces causar muy buena impresión, aunque después, al tratarlos, encontremos falsedades encantadoras; los otros causan compasión desde el primer momento; unos y otros guardan la hermandad de lo vulgar: se les dis-

tingue fácilmente por los motivos de sus versos, por el tono de fanfarria en que está afinada la cuerda sentimental que los musicaliza.

No deben resentirse los jóvenes con esto, ni desalentarse. Lo que hago es repetir con un poco de dulzura lo que la crítica ha acusado acremente en los jóvenes. Quien se siente de verdad poeta, podrá reconocer que ha incurrido en esos estados vulgares de sensibilidad, pero se pondrá alerta y se buscará a sí mismo hasta desprenderse de los demás y elevarse en los tiempos; yo señalaría entre los jóvenes que tal hacen a Aníbal Reni.

Este joven nos ofrece un libro con un nombre de tema viejo: *Serranías*; temas, pues, del campo, églogas; pero, ¡qué diferencia con el concepto reinante en las églogas que conocíamos! No es el poeta que en el campo canta únicamente los motivos del campo; allá en la serranía, Aníbal Reni no olvida su condición de hombre de la ciudad para la elegancia de sus motivos, o de sus imágenes; hay en él un sentimiento inmediato, vivo, de su vida de la ciudad. Véase su libro, que si quisiera hacer una cita tendría que transcribirlo. Aníbal Reni nos ofrece algo original

y bueno con su libro, considerado así, en general; nos trae una renovación de concepto que sabe a miel.

Este valor innegable, notorio del libro contrasta de una manera sensible con lo incompleto, lo trunco, lo fragmentario de su contenido; todos los poemitas—pueden contarse por distracción, son 17—revelan una existencia grande de poemas buenos; tiene el libro felicidades de expresión que no se logran sino cuando se ha escrito mucho, y superioridad de concepciones poco corrientes en los escritores que no se han cultivado durante mucho tiempo. Y esto nos lleva a hacerle un reproche, a darle una queja: que debiera darnos un tomo más voluminoso de sus versos; tenemos derecho de pedirselo, pues en el muestrario encontramos cosas muy buenas.

Véase si no esto, así, sentido, *Im promptu*:

Una campana que suena,
un ronco gallo que canta...
Entre la noche serena,
el dolor que nos espanta...

.....
¿Qué traerá el día de mañana?
¿Amor,
placer,
o dolor?

O bien en el precioso poema *La cruz del camino*, este verso redondo:

...allí cayó el campesino
mal herido y a traición,
cuando lo atacó el vecino
al toque de la oración...

Y este otro:

Oh, la mano del boyero encallecida,
que desvía los sudores de sus ojos
como lo hace en el arar con las espigas!

del soneto *El barbecho*. Y este otro, que se repite con una maestría digna de aplauso en la *Canción de olvido*:

Debajo del limonero,
en el gramal florecido,
toca triste el dulzainero
su vaga canción de olvido...

Y este otro:

Aún no se ha visto el sol
y hay chorros de oro
brillando en la montaña...

Y así muchos, muchos otros. *Brumas* es un soneto que está a la altura de la más exigente aristocracia de la poesía contemporánea: ¿los recursos?, insignificantes como valores literarios; el recuerdo de que ha mucho tiempo no ve a «la madre ansiosa, la afectuosa hermana», venido al contemplar las brumas de la tarde, bajo el tintineo ligero de la lluvia; pero, ¿el motivo?, valiosísimo; el poeta se da al paisaje externo y al paisaje interno, idénticos en aquel momento, ambos brumosos; en ese soneto se habla de brumas por fuera y de brumas por dentro. ¿No es una novedad que sabe a algo sabroso, a algo que llena, que satisface?

Amigo Reni, querido poeta, debes darnos mas poemas de tu cosecha. «Ante la obra sencilla de Aníbal Reni pido, al dios de estas tierras, la conservación de la independencia espiritual de la Raza», exclama el prologuista, y exclamamos todos. Cosío Villegas, uno de los jóvenes escritores más distinguidos de México, dice en

carta que he visto, que su grupo de amigos está de acuerdo con el autor del prólogo de tu libro, nuestro M. Vincenzi; te aseguro que estará también de acuerdo en pedirte una entrega más completa, menos tasada, para conocer muchas cosas buenas.

RAFAEL ESTRADA

Febrero, 1924

El corazón de Voltaire

EN un paseo por las regiones inexploradas de la Biblioteca Nacional francesa, M. Roland Marcel encontró no hace mucho el original en yeso de la estatua de Voltaire, obra de Houdon, erigida en el teatro de la Comedia de París. En el pedestal halló disimulado, bajo una placa metálica, un escondite, y en él un cofrecito, forrado de terciopelo, sobre el que reposaba un corazón voluminoso de dorado metal con una inscripción que decía: «Corazón de Voltaire, muerto en París el 30 de mayo de 1778». Este corazón metálico está soldado; pero dentro, a poco que se le mueva, se oye el alcohol aromatizado en que se conserva el corazón de Voltaire, que se creía perdido desde el año 1864 en que la reliquia fué entregada a la Biblioteca Nacional. El pasado miércoles, el corazón fué encerrado de nuevo, con una ceremonia sencilla y breve, en el pedestal de la estatua que representa a Voltaire riendo eternamente, envuelto en el manto de los antiguas filósofos. Tal vez ahora, tras esta breve resurrección, descansa ya para siempre este corazón medio siglo olvidado, pero que antes había andado errante de mano en mano por espacio de tres cuartos de siglo, tan pronto maldito como ensalzado, hasta que el heredero de una antigua familia lo depositó en la mansión de los libros.

No haya miedo a ninguna consagración supersticiosa; el corazón de Voltaire no va a hacer competencia a ninguna otro víscera de tantas como hay guardadas en envolturas análogas. Probablemente no se enseñará siquiera a los curiosos turistas. Pero ¿por qué de Voltaire se ha conservado el corazón y no el cerebro, que parecía más destinado a simbolizar la vida del filósofo? Sin embargo, el mismo Voltaire, en los años postrimeros de la vida; cuando ya las palabras son una confesión, parecía preferir las obras no pequeñas de su corazón a las enormes de su inteligencia. «J'ai fait un peu de bien; c'est mon meilleur ouvrage», dijo en un verso sencillo. Y esta parte cordial de su obra fué mejor comprendida por el pueblo francés, que en los tiempos revolucionarios

trasladó sus restos al Panteón, en una ceremonia organizada por el pintor David, gran maestro de las fiestas de la Revolución, al son de un himno de Chenier en donde se convocaba musicalmente a todas «las sombras atribuladas, inocentes condenados, de quien fué el vengador».

Bien conocida es la rehabilitación de Calas, ya ejecutado, conseguida por Voltaire después de tres años de esfuerzo apasionado en favor del inocente. Pero lo son menos su protesta contra la intolerancia que negaba entierro y sepultura a la actriz Adriana Lecouvreur; su defensa del abate Desfontaines, que le había difamado; su indignación contra el suplicio infligido al caballero La Barre; Voltaire recogió a la nieta de Corneille; protestó contra la pena de muerte impuesta en Inglaterra al almirante Byng; defendió a Lolly-Tollendal, inocente; logró la devolución de sus bienes a la familia Desprez; libertó a los aldeanos del Jura, y salvó de la muerte al matrimonio Sirvent y a la viuda de Montbailly, acusados sin culpa. Y, en fin, no conoció injusticia contra la que no se levantara ni ley bárbara ni abuso que no condenase. Y todo su poder, adquirido por su inteligencia, aquel poder que hacía contestar a Federico de Prusia, a quien le preguntaba: «¿Cuál es el soberano de Europa a quien más teméis?» «El Rey Voltaire», fué empleado en pro de los inocentes y los perseguidos. Este corazón encerrado en el pedestal de su estatua es el que le reprochaba, durante los tres años del proceso Calas, toda sonrisa, como un crimen, y le hacía enfermar de fiebre todos los años el día del aniversario de la matanza de la Saint-Barthelemy. Con ocasión de la ceremonia reciente se ha recordado una vieja frase célebre: «Voltaire tiene un espíritu de ángel y un corazón de mono». Fué una injusticia; pero había, sin duda, cierta contradicción entre uno y otra, y esta contradicción perdura en la misma estatua, que en el pedestal encierra un corazón semejante y en el rostro ríe sarcásticamente.

(El Sol, Madrid).

2) Página lírica

de Juana de Ibarbourou

CENIZAS

Se ha apagado el fuego. Queda sólo un blando
montón de cenizas,
donde estuvo ondulando la llama.
Ahí tienes, amigo, hecho porción quieta
de polvo liviano,
a aquel pino inmenso que nos dió su sombra
fresca y movediza, durante el verano.

Tan alto, tan alto, que pasaba el techo
de la casa mía.
Si hubiera podido guardarlo en dobleces,
ni en el arca grande del desván, cabría.

Y del pino inmenso ya ves lo que queda.
Yo, que soy tan pequeña y delgada,
¡qué montón tan chiquito de polvo
seré cuando muera!

OLOR FRUTAL

Con membrillos maduros
perfumo los armarios.
Tiene toda mi ropa,
un aroma frutal que da a mi cuerpo
un constante sabor a primavera.

Cuando de los estantes
pulidos y profundos
saco un brazado blanco
de ropa íntima,
por el cuarto se esparce
un ambiente de huerto.

¡Parece que tuviera en mis armarios
preso al verano!
Ese perfume es mío. Besarás mil mujeres
jóvenes y amorosas, mas ninguna,
te dará esta impresión de amor agreste
que yo te doy.

Por eso, en mis armarios
guardo frutas maduras
y entre los pliegues de la ropa íntima
escondo, con manojos secos de vetiver,
membrillos redondos y pintones.

Mi piel está impregnada
de esa fragancia viva.
Besarás mil mujeres, mas ninguna,
te dará esta impresión de arroyo y selva
que yo te doy.

NOCHE DE LLUVIA

Llueve... Espera, no duermas.
Éstate atento a lo que dice el viento

y a lo que dice el agua que golpea
con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
para escuchar a la hechizada hermana,
que ha dormido en el cielo,
que ha visto al sol de cerca,
y baja ahora elástica y alegre
de la mano del viento,
igual que una viajera
que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo ondeante!
¡Con qué avidez se esponjará la hierba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
del ramaje profundo de los pinos!

Espera, no te duermas. Escuchemos
el ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
tu frente taciturna.

Yo sentiré el latir de tus dos sienes
palpitantes y tibias,
tal cual si fueran dos martillos vivos
que golpearan mi carne.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos los dos un mundo,
aislado por el viento y por la lluvia
entre la cuenca tibia de una alcoba.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema,
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

MELANCOLIA

Soy tal como una brizna en las manos del viento.
El viento está enojado y me tira el cabello.
Y la lluvia me dice:—Amiga, ¿quieres cuentas?
Y pródiga me cubre de gotas cristalinas.

Me paseo despacio con fruición de golosa.
A través de los vidrios me contempla la gente
y asombrada murmura: ¿Está loca? ¡Pasarse
sin paraguas, lo mismo que una rana a la lluvia!

Y mis ojos cubistas ven la gente cuadrada
a fuerza de sensata, y con pena murmuro:
—¡Quién pudiera ser niño y sentarse en la calle
sin angustias ni trabas, a jugar con el lodo!

SOL FUERTE

Desprende una tristeza aherrojante y extraña
ese lento desfile de entoldadas carretas,

por el ocre camino que cruza la campaña
plana, árida y seca.

Ni un árbol, ni una loma, ni la mancha sombría
de un monte, en derredor.

Las carquejas se enroscan bajo el fuego del día
implacable, de enero.

Parece que el planeta estuviera vacío
y que van a una cita misteriosa y suprema,
esas lentas carretas que cruzan el camino
bajo este sol que quema!

ESTIO

Cantar del agua del río.
Cantar continuo y sonoro,
arriba bosque sombrío
y abajo arenas de oro.

Cantar...
de alondra escondida
entre el oscuro pinar.

Cantar...
del viento en las ramas
floridas del retamar.

Cantar...
de abejas ante el repleto
tesoro del colmenar.

Cantar...
de la joven tahonera
que al río viene a lavar.

Y cantar, cantar, cantar,
de mi alma embriagada y loca
bajo la lumbre solar.

LOS PINOS

Yo digo ipinos! y siento
que se me aclara el alma.
Yo digo ipinos! y en mis oídos
rumorea la selva.

Yo digo ipinos! y por mis labios pasa
la frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
veo la hilacha verde de los ramajes profundos,
que recortan el sol en obleas desiguales
y lo arrojan, como puñados de lentejuelas
a los caminos que bordean.

Yo digo ipinos! y me veo morena,
quinceabrileña,
bajo uno que era amplio como una casa,
donde una tarde alguien puso en mi boca,
como un fruto extraordinario
el primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
recordando su antiguo perfume a yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas,
así como los pinos se duermen con las ramas
llenas de rocío.

LA TARDE

He bebido del chorro cándido de la fuente.
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene toda la estupenda dulzura,
de una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a trigo ondeante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo cual un gamo he corrido
por todos los ceñudos senderos de la sierra.
Y el galgo cazador que es mi gufa, rendido,
se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba a la grama
y abate en tus rodillas mi cabeza morena,
mientras que de una iglesia campesina y lejana
nos llega un lento y grave llamado de novena!

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea.
Porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.

LA CATEDRA DE LA DEMOCRACIA

Leyendo a Wilson

¿Qué iba a hacer yo en el Consejo de los Tres?... cuentan que una vez decía Lloyd George con su formidable humor galense. «¡Estaba entre Clemenceau, que quería ser Napoleón, y Wilson, que se figuraba ser Jesucristo!»

Si Tomás Woodrow Wilson no pretendía ser Jesucristo, era, eso sí, uno de esos varones en quienes, según la frase piadosa, habita el espíritu de Dios. Hijo y nieto de clérigos evangélicos, se educaría, de niño, con la Biblia en la mano en un presbiterio rodeado de verdes praderas. Su alma fué esencialmente un alma religiosa, aunque con esa religiosidad a que tiende el moderno protestantismo, menos absorbida por el problema de la vida futura que consagrada a dar un hondo sentido moral a la vida presente. La personalidad de Wilson no se explica sin un cierto carácter sacerdotal. Era hombre de fe el antiguo presidente de la República de los Estados Unidos. Mirándose hacia dentro, creía en el Evangelio; mirando hacia afuera, creía en la Democracia.

Ahora, en su muerte, sentimos el deseo de ofrendarle con devota emoción unos cívicos funerales. Abro de nuevo su libro sobre *El Estado*, leído hace unos años. Repaso sus páginas, y otra vez los párrafos que señalé con líneas marginales reviven en mi pensamiento, adquiriendo ahora una más decisiva autoridad. Parece ver alzarse a lo lejos la sombra del austero profesor envuelta en talaras vestiduras, en las que se funden los hábitos del sacerdote, la toga del maestro, la clámide del magistrado, la túnica del apóstol.

«Una religión de Estado me parece una supervivencia de las sociedades primitivas...», leo en el capítulo primero.

Es verdad. En las sociedades primitivas la religión se identifica con la familia, y la familia es todo el Estado. La *gens* se siente unida por los lazos de un culto patriarcal. El Estado, en germen, está en esa comunidad familiar sin territorio y sin ley escrita. La religión de Estado, la religión



El Demonio hartos de carne... de cañones, se mete a fraile... pacifista.

(España. Madrid, 28 de Diciembre, 1916).

oficial, debía desagradar doblemente a Wilson. Para el político demócrata, es un privilegio histórico inadmisibles. Para el idealista cristiano, es una intromisión cesarista profanadora. Por eso escribe más adelante que una iglesia oficial es un monopolio «que no tiene nada que envidiar a los otros monopolios».

Para Wilson y contra lo que comúnmente se sostiene, los cambios en los sistemas políticos son más rápidos que la correspondiente evolución en las ideas. Punto de vista muy americano. La acción precede al pensamiento. La vida fluye más de prisa que la doctrina. Lo necesario, lo difícil, no tanto es modernizar las organizaciones o

estatutos como renovar las cabezas. En Inglaterra, por ejemplo, tenemos instituciones democráticas y mentalidad aristocrática. En el matrimonio contemporáneo, y es éste otro ejemplo muy distinto, sobrevive la primitiva idea del raptó de la doncella, simbolizado en el viaje de bodas.

¡Qué espíritu avanzado! Esos meditatores son almas radicales. De prisa, de prisa... Rejuvenezcamos velozmente nuestros conceptos, porque las cosas, las realidades, los hechos vivos, nos toman siempre la vanguardia...

«Capítulo segundo. Los Gobiernos de la antigua Grecia».

A juicio de Wilson, la célebre anfictionía de Delfos, Liga de pueblos vecinos para defender y honrar el templo de Apolo, corazón de la Hélada, contenía ya en su Constitución «los principios de una entente moral internacional».

¡Una entente moral internacional! La frase nos hace pensar en el gran esbozo político wilsoniano: la Sociedad de las Naciones. Los pueblos, no separados por el egoísmo y por la fuerza, sino unidos por un vínculo ideal. Noble pensamiento, que aún espera su realización. Porque de la Liga de Delfos a la Liga de las Naciones van más de veinticinco siglos. Más de veinticinco siglos de sangre y de violencia. Y todavía... ¿Cómo

creer, entonces, que la vida va más de prisa que las ideas?

«Los Gobiernos de Roma». La plebe, al pesar como un factor importante en la política romana, trajo un caso nuevo: el libre debate, la controversia, la polémica... «Es la discusión —afirma Wilson— el más grande de todos los reformadores».

Frente al sistema de gobierno romano, impersonal, de subordinación al Estado, se alza el sistema de gobierno teutón, personal, de fidelidad al jefe.

(Pasa a la página 74).

Voltaire y la religión

DURANTE la mayor parte de su juventud careció Voltaire de influencias tónicas que dieran a su vida un gran ideal y una sana inspiración. No tuvo Voltaire en su niñez ese ejemplo que siguen los hombres que nacen en períodos de gran virtud individual y colectiva. Antes por el contrario—social y religiosamente hablando—la Francia de este tiempo atraviesa por una gran época de decadencia. La política encastillada y rígida que proclama el derecho divino de los reyes; la justicia civil en manos de individuos corrompidos y faltos de patriotismo, los privilegios excesivos de que disfrutaban las clases aristocráticas, el gemido largo y torturante de las clases bajas, el libertinaje desmedido de la clase intelectual, las disputas permanentes entre las diferentes sectas religiosas y el relajamiento moral de la iglesia fueron las impresiones que hirieron su delicada sensibilidad infantil. Pero en estos períodos de decadencia política y social queda en muchos pueblos la influencia decisiva del hogar, la escuela más apropiada para la formación de los nuevos ciudadanos. Puede un ciudadano mentir y cometer toda clase de abusos en su vida pública y sin embargo, jamás se atreverá a iniciar a sus hijos en la escuela del vicio. Puede un Juez dejarse sobornar, puede dictar sentencias injustas, y sin embargo, en sus relaciones familiares será un hombre modelo, porque en el seno de la familia es donde los hombres, libres de las presiones del ambiente y deseosos de crear aquello que ellos no pudieron ser, se purifican y se vuelven idealistas. ¿Qué hijo se atreverá a negar la verdad ante la mirada dulce de los ojos maternos? ¿Qué milagros no podrá hacer la voz autoritaria y noble de un padre? La madre de Voltaire murió cuando el niño tenía pocos años y su padre, notario prominente, jamás fué para él una influencia de importancia. ¡Y he aquí el niño que despierta a la vida consciente en medio de circunstancias adversas! Introducido por su padrino, el Abate Chateaufort, en un ambiente

literario, Voltaire se encontró de la noche a la mañana, entre gente de mundo y libertinos. Ninon de Lenclos le extendió su mano de cortesana para guiarlo por las sendas del mundo y fué en sus salones que el niño recibió sus primeras lecciones en la complicada ciencia de la vida francesa de aquel tiempo. Y Mme. Lenclos no sólo le dispensó su amistad y su benevolencia sino que después de presentar a Voltaire a los más distinguidos hombres de letras de su tiempo, le dejó al morir una buena cantidad de dinero destinado a la compra de libros. Ninon



VOLTAIRE, por HUBERT

Estudios de expresión sacados de VOLTAIRE (*Oeuvres choisies*), por L. FLANDRIN.

de Lenclos enseñaría tal vez al joven Voltaire muchas cosas de cortesanía, pero seguramente que no le dió ni la más ligera idea de la psicología de las mujeres virtuosas de su época.

Voltaire estudió siete años con los jesuitas parisinos de St. Louis le Grand y aunque más tarde ridiculiza la educación que ellos le dieron, es claro que debió ser de gran utilidad para el desarrollo de su talento literario. Estos jesuitas se dedicaban con mucho empeño a la representación de obras dramáticas en latín y en francés, de manera que el futuro gran dramaturgo tuvo ocasión de formar su gusto por el teatro en este ambiente favorable. De este ambiente él dijo más tarde: «Je sortis de college avec du latin et des sottises» (Tallentyre «Life of Voltaire», Vol. 1. p. 6).

El acontecimiento de más importan-

cia en la vida de Voltaire fué su viaje a Inglaterra. Allí recibió la influencia directa de los deístas ingleses, en especial de Locke y de Bolingbroke. Su corazón de libertario se estremeció ante el profundo contraste entre la libertad de pensamiento de los ingleses y la ortodoxia de los franceses y se declaró partidario decidido de los primeros. Más tarde esa actitud se iba a fortalecer en sus relaciones con Federico y Catalina. De manera que las últimas señales de su fe pura y cristiana iban a desaparecer en esta nueva sociedad analítica y práctica a que se incorporó.

En este tiempo se había hecho cosa corriente el ataque a la religión a causa de los libros que como la «Histoire des oracles» de Fontenelle y el «Diccionario histórico y crítico» de Bayle habían proclamado el triunfo del análisis científico. De esta manera el ambiente era propicio y el racionalismo de Descartes y la Enciclopedia encontraron en Voltaire un discípulo atento y apasionado.

Es sumamente difícil llegar a definir o aún a comprender el sentimiento religioso de Voltaire. Su Diccionario filosófico está lleno de aparentes contradicciones. A veces nos da explicaciones muy acertadas de su concepción de la fe, y otras olvidándose de lo que nos ha dicho, analiza racionalmente esta fe y la destruye en su totalidad. Así cuando escribe: «Jesucristo hizo milagros en Galilea; por consiguiente nosotros debemos creer todo lo que dijo. Para saber lo que dijo, consultamos a la iglesia, debemos por consiguiente escuchar a la iglesia, debemos someterle nuestra razón, no con una credulidad ciega e infantil, sino con una dócil fe que la razón misma podría autorizar». Sin embargo, todo esto no va más allá del buen propósito cristiano y Voltaire reacciona para escribir de una manera muy distinta. Voltaire rechazó el dogma de la Trinidad a causa de que «la razón no podía probarlo»; pero él debió haber comprendido que la razón podía fácilmente justificarlo. Muchas veces en sus escritos se burla de los sacramentos, de una manera que no hace honor a su sentimiento cristiano. Y muy conocido es aquello de que cuando

Voltaire estaba en su lecho de agonía, al preguntársele si creía en la Divinidad del Cristo, contestó: «En el nombre de Dios, no me volváis a hablar de ese hombre».

Voltaire creía en Dios, naturalmente, pero su concepción de la Divinidad no está de acuerdo con la del cristianismo y las teorías de la iglesia no fueron sus doctrinas, de modo que por esta causa atacó a la religión tan encarnizadamente que llegó a convertirse en uno de sus peores enemigos. Además de esto, todas sus simpatías estaban de parte de los enciclopedistas, que llegaron con su profundo positivismo a negar los puntos esenciales de la religión católica.

Hemos dicho que Voltaire atacó a la iglesia. Su ataque, sin embargo, carece de la seriedad necesaria a los escritos de carácter doctrinario. Atacaba de una manera irregular y sin someterse a método determinado, más bien para satisfacer su temperamento de luchador que por convicción profunda, usando toda clase de armas, desde la sátira más hiriente hasta el insulto directo y penetrante. Y por esta razón Voltaire se nos muestra como un *panfletista* superficial y voluntarioso, que puso en caricatura muchas cosas y muchos hombres dignos de ser tratados, aún combatidos, con la más noble seriedad.

Su genio le salva. Su cobardía moral le convirtió en uno de los histriones más completos del siglo diez y ocho. Intolerante y cínico, proclamaba únicamente aquellas verdades que redundaban en su propio provecho. Cambiaba de creencias cotidianamente y en peligro de enfermedad, era el más ferviente cristiano; en tanto que, cuando gozaba de excelente salud, escupía su sátira al catolicismo.

Voltaire tiene el alma de las mujeres de la corte de los Luises. Tornadizo e hipócrita, tan pronto escribe en contra de cualquier sacramento como dedica una tragedia al papa o se hace construir una iglesia para su culto personal.

La influencia de Voltaire en su tiempo fué enorme. El siglo librepensador se alegraba de tener un hombre que pudiera decir claramente a la Iglesia sus errores y sus defectos. Sin embargo, había mucha artificialidad en sus doctrinas y creencias y el mundo ya se ha olvidado completamente de sus teorías y de sus modos. El ataque filosófico es mucho más efectivo que los insultos apasionados. Al principio aseguramos que era punto menos que imposible definir el sentimiento religioso de Voltaire y después de terminar este artículo quedamos con el mismo convencimiento.

ARTURO TORRES RIOSECO

Minneapolis, Minn.

Leyendo a Wilson...

(Viene de la página 72).

Con frecuencia hemos oído sostener la tesis contraria. Dícese que los países latinos necesitan personificar el Poder. Su sentimiento de comunidad es la adhesión a un hombre. Cuéntase que a Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, le exigieron los españoles que residiese aquí porque su presencia directa era mucho más necesaria en nuestra patria que en tierra germana. «Que allá se gobiernen por leyes, y acá, por reyes»...

Sin embargo, como vemos, la gran tradición de los pueblos latinos, frente a los teutones, ha sido, cabalmente, la contraria. La fuerza social del mundo clásico residía en el vínculo impersonal de la ley.

* *

«La sociedad es una estructura, y no una construcción». Un pueblo se forma como crece un árbol, mejor o peor cuidado, pero siempre en virtud de su interna energía. La sociedad evoluciona de dentro a fuera, por creación orgánica, y no de fuera a dentro, por presión artificial. De ahí la necesidad de dejar a las fuerzas sociales que se muevan espontáneamente, con holgura, con libertad.

Para Woodrow Wilson, la evolución política marcha hacia el predominio actual y futuro de la democracia en el Mundo entero. «Todas las formas de gobierno irán reduciéndose a la forma democrática». Las naciones alcanzan ahora su edad viril. «Los pueblos van siendo ya lo bastante grandes para gobernarse a sí mismos».

En realidad, el Estado moderno realiza casi las mismas funciones que el Estado clásico. Su poder absorbente asume tantas actividades diversas como la ciudad antigua. Pero el glorioso profesor de la Universidad de Princeton, mentalidad, al cabo, anglosajona, no renuncia a su fundamental individualismo. La fórmula de la ciudadanía clásica: «El individuo para el

Estado», debe ser hoy invertida. A su juicio, hay que decir: «El Estado para el individuo».

Eso sí, Wilson recoge el testamento de Washington. Al ciudadano es necesario instruirle, educarle. «Preciso es dar al pueblo amplios conocimientos y, si ello es posible, grandes virtudes, pues de unos y otras dependen la conservación y el éxito de las instituciones libres».

* *

No hemos hecho más que empezar. Dejemos, si acaso, para otro día el recordar piadosamente nuevas frases del ex-Presidente Wilson que merecen no quedar olvidadas.

Liberal, demócrata, en la vida interior del Estado, su inolvidable aparición en la vida internacional fué una grandiosa tentativa de regir por esos mismos principios de libertad y de democracia las relaciones entre los pueblos. No pudo triunfar, y su alma vivió la eterna tragedia de la política idealista. O hizo poco o hizo demasiado. Para político le sobró credulidad. Para profeta le sobró oportunismo. Ni fué tan sencillo como la paloma ni tan astuto como la serpiente. Resignóse noblemente a ir disminuyendo poco a poco el ideal, a fin de conseguir, siquiera a medias, su realización práctica. Y su corazón puritano comprobó en el dolor la verdad del Evangelio: «Nadie puede servir a dos señores...» Hubo un momento en que creyó Europa que la predicación wilsoniana tenía tras de sí un ejército de un millón de bayonetas y un pueblo de cien millones de habitantes. Si los tuvo, no debió, quizás, Wilson contentarse con el Tratado de Versalles. Si no los tuvo, debió, tal vez, dejar a otra mano el cuidado de firmarlo, y guardar las suyas, unidas por la fe, para extenderlas desde lejos, como Moisés, hacia la tierra prometida.

Otra lección de Wilson

WILSON era un demócrata, evidentemente: el gran demócrata de este momento histórico. Tenía una fe casi religiosa en el gobierno del pueblo por el pueblo mismo. Creía en la democracia para su país. Creía en la democracia para los demás países. Tarde o temprano, todas las formas políticas se reducirían a la forma democrática. Creía en la democracia dentro de cada Estado. Creía en la democracia para

la organización jurídica y pacífica del Mundo por medio de la Sociedad de las Naciones.

Pero ¿cómo era demócrata Wilson? ¿Cómo entendía y desarrollaba el principio democrático? He ahí un aspecto interesante en la doctrina del antiguo profesor de Jurisprudencia y de Política en la Universidad de Princeton. Que no era un demócrata sin espíritu de revisión y de crítica lo demuestra

el juicio que, hace ya veintitantos años, formuló sobre el sistema de gobierno de Francia.

En esa República, la Constitución y las leyes dan una gran fuerza al Senado y al Presidente; mas, en la práctica, como es sabido, gobierna el Congreso de los Diputados. «La libertad sin freno en la Cámara—afirma Wilson—constituye uno de los mayores peligros para el porvenir y hasta para la vida misma de la República francesa...» ¿Por qué? Porque, en opinión del glorioso estadista norteamericano, una reunión de medio millar de parlamentarios, si es apta para legislar, para estatuir soberanamente las normas generales, es, luego, inepta para las decisiones concretas, rápidas, coherentes, eficaces, que exige la obra gubernativa... «Y Francia se debilita bajo esa agobiante, esa intolerable forma de gobierno: el gobierno por una Asamblea en masa, por una Asamblea popular inorgánica».

* *

Woodrow Wilson, que era individualista en su interpretación del Estado, era, en su interpretación de la democracia, partidario de la acción personal. El pueblo se gobierna a sí mismo. Mas ¿de qué manera? Poniendo al frente de cada una de las funciones ejecutivas a una determinada personalidad, a un hombre capaz, elegido por el pueblo, sostenido por el pueblo, pero con amplias facultades, con plena libertad para llevar a cabo su misión. A cada obra, un hombre. El hombre adecuado, en el puesto adecuado. Un hombre de carne y hueso, una conciencia y una voluntad; no una Junta, un Comité, en los que la iniciativa se diluye, la actividad se paraliza y la responsabilidad se esfuma. Pero ese hombre, designado siempre directa o indirectamente por el voto popular, y obligado a cumplir la misión que, en líneas generales, el pueblo le confiara. Todos deben opinar y votar; muchos, legislar; uno, en cada caso concreto, ejecutar. «Naturalmente—dice en otra página—, casi toda la cohesión, casi todo el éxito de la política, dependen de que haya o no haya para cada determinada función una sola voluntad directora».

* *

Sin embargo... No hay que olvidar el valor altísimo de las grandes Asambleas deliberantes. Son la libre tribuna de la opinión pública. Sin una opinión pública vigorosa, las instituciones democráticas serían sólo un esqueleto sin alma. Aun con las inevitables caídas, se aprende a andar andando; aun con los inevitables balbuceos, se aprende a hablar hablando; aun con los inevitables errores, no se

aprende a opinar más que opinando.

En Inglaterra, país de libertad, el pueblo se ha educado de tal suerte, que sir Erskine May puede decir que la opinión pública jamás ha impuesto al Parlamento una reforma que no haya después sancionado el juicio sereno de los años; jamás ha producido una agitación que la posteridad haya debido condenar. «Hay una verdad indiscutible en política, escribe Wilson: la de que es más prudente, y aun más fácil, gobernar con el consentimiento y la cooperación de los gobernados que sin ese consentimiento y esa cooperación constantes...»

* *

Fué Wilson, esencialmente, un demócrata, pero un demócrata liberal. Piensa que si la democracia no es todavía una plena realidad en ningún Estado, ello se debe a que en ningún Estado el pueblo goza de la verdadera libertad. El régimen de libre concurrencia, de libre competencia que habría, al cabo, de asegurar a cada uno los bienes materiales y espirituales que con sus fuerzas y sus merecimientos conquistase, no es más que una ficción legal en las sociedades modernas. No existe semejante libertad económica. Por eso, el pueblo va, por las mañanas al trabajo resignado, indiferente—observaba Wilson con amargura—; no marcha el obrero o el empleado como el atleta animoso, que sabe que la vía está franca y que todos los competidores comienzan en condiciones iguales la carrera, sino cual el siervo que va a realizar una vez más, materialmente, su forzada tarea cotidiana.

¿El remedio? Como Wilson no era socialista, sino individualista, no lo buscaba en la supresión de ese régimen de supuesta libre concurrencia, sino, al contrario, en su restauración efectiva y en su mayor perfección y progreso. Para ello pretendía, por una parte, destruir los *trusts*, los monopolios, los abusos del feudalismo económico, que cierran el paso a las iniciativas personales, y quería, de otro lado, igualar, en lo posible, por medio de la instrucción, las condiciones de todos los competidores.

No aceptó Wilson, como es notorio, el colectivismo. Afirmó, no obstante, una y otra vez que los derechos del hombre son muy superiores a los derechos de la propiedad. «La propiedad es sólo un instrumento de la Humanidad; la Humanidad no es un instrumento de la propiedad».

* *

Estas son algunas de las principales ideas del hombre eminente que acaba de morir y que rigió, en uno de los momentos más decisivos de la Histo-

ria, uno de los más grandes pueblos de la Tierra. Su obra quedó por debajo de esa ideología; su ideología misma queda por debajo de su alma, de su vago anhelo de progreso humano.

No importa que aceptemos o no estas ideas de Wilson. En algún punto acaso discrepásemos. No importa. El pensamiento de un verdadero profesor nunca es fórmula cerrada, sino camino abierto a la propia reflexión, al estudio, a la eventual contradicción. «Cuando fuí rector de la Universidad—relata Wilson—, solía yo decir que desearía hacer a los jóvenes de la nueva generación tan distintos de sus padres como fuera posible. Los padres, ya llegados, ya establecidos, no simpatizaban vivamente con las fuerzas que crean, que forman, que hacen avanzar la sociedad...» Hombre que habla así, no quiere sólo que el porvenir le siga, sino que le sobrepase. Tal fué el noble espíritu de este profesor de Política, maestro de pueblos, que, en medio de la guerra más terrible que vieron los siglos, creyó en la Paz, en el Derecho y en una Sociedad democrática de Naciones libres y de libres ciudadanos.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

La oración en el huerto

... Y entró Jesús al huerto de Ghetsemani. Los silenciosos olivos suspiraban.

El cielo recamado de rutilantes estrellas, extendía piadoso la pureza de su azulado y rico manto para cubrir los hombros del horizonte extenso.

¡Oh cielo de Oriente! Oh noche tranquila, hueles a mirto y ciprés!

Jesús ora en el huerto de los Olivos, ora entristecido y ruega a su padre que le dé valor divino para redimir a la humanidad.

«Triste está mi alma hasta la muerte», dijo a sus discípulos. Y apoyando su luminosa frente en su rodilla, comienza a sentir una angustia infinita.

Gruesas gotas de agua y de sangre resbalan temblorosas por el lívido rostro del sublime profeta y al caer al suelo, se cuajan en una floración de violados pétalos; y es desde entonces que se inició la existencia de las guarras moradas, en cuyas corolas de seda quedó para siempre estampada la huella inmarcesible de la sangre Nazarita...

Jesús llora...su alma transida de amargura, apura hasta la última gota del caliz del dolor!...

La noche ha enmudecido.

Tibio está el aire que despide suave aroma de santidad.

FLOR DE LUNA

San José, 1924

¿Juana de Ibarbourou se entristece?

Santiago de Chile, 1923.

HAY en poesía un factor sin el cual —lo confieso— resbalan encima de mi sensibilidad todas las cualidades restantes: el encanto. Las cualidades que mi cerebro reconoce y aprueba desempeñan a mi ver el papel del brazo o la mano al poner la cuerda tensa y curvar el arco propulsor; mas el encanto es la flecha del poeta, la que viene a hincarse en el corazón y a hechizar el espíritu con el calofrío divino.

En general, mido la excelencia de un artista, sea cualquiera su género, por el encanto que en su obra tiemble y por la proporción en que ese temblor la traspase y anime de maravilla. Y si bien para con algunas artes permito a mi criterio cierta elasticidad, frente a la poesía me vuelvo inflexible. Porque el arte no imita; pondera. Porque cuanto más se aleje de la simple imitación y en la ponderación más suba, mayor será la pureza artística de una labor. Y, finalmente, porque en la poesía no caben grados. La poesía debe ponderar desde su origen mismo sus motivos, desde el choque primero de ellos con el espíritu del poeta; pues motivo o sujeto no han de ser en poesía sino el pretexto, y desaparecer en seguida para dejar a la concepción del poema volar sola, independiente, libre y pura.

Así, aun cuando un poema evoque y nada más el natural, lo hará como un lago refleja el paisaje: encantándolo. Y sólo a este milagro de encantamiento se llamará poesía.

Me gustaría definir aquí, discursivamente, el encanto. Pero resulta largo, tema de un ensayo. Y peligroso, ya que al intentar razonamientos sobre lo enrarecido, nos hallamos con frecuencia como la paloma de Kant: nos estorba el aire para mejor alzar las alas, y, suprimiendo el aire, el apoyo para subir nos falta. El encanto es... genio. He ahí todo.

Y he aquí también que ante la poesía de Juana de Ibarbourou, el analista se halla en primer término con el encanto, y ha de citarlo y anotarlo antes de entrar en pormenores. Esto quiere decir que la genialidad es su máxima condición.

Surgió en el Uruguay la voz de esta gran lírica y en el acto se impuso, y fascinó, tendió celajes nuevos en el cielo de América y trajo una tremolación desconocida a nuestras almas. Una alteza de tono, una voluptuosidad eglógica, una rusticidad elegante, una pompa sencilla y noble, una fresca voz de plata y un destellar de oro

claro en sus imágenes, manifestaron su «encanto» único en la lírica castellana. De improviso, con esa legitimidad del genio, que diríase que no nace, sino que existió siempre, ocupó un trono.

En atención a su temperamento frutivo, se la ha calificado ante todo de poetisa sensual. No se puede contradecir el aserto. Sólo que se hace preciso fijarlo en sus verdaderos términos, pues a tal punto suele por ahí llegarse en la definición, que aturdidamente se la entronca o une al recuerdo de su compatriota Delmira Agustini. Y no; ya en esto hay error, poca distinción de jerarquía y matiz.

Las poesías de ambas uruguayas, son en efecto, sensuales; pero en tono diverso y aun opuesto. Delmira Agustini tuvo como tónica o dominante de sus poemas la sensualidad del sexo, en cuya flama entraba con cierto prurito y se retorció en imaginaciones morbosas; y Juana de Ibarbourou suelta sus cinco sentidos, como cinco cervatillos, en ansia panteísta, ávidos pero castos, ardientes hasta el frenesí muchas veces, mas los cinco vienen a nosotros al cabo con la misma brasa encendida entre los cuernecillos: el sentimiento, limpio y natural. Con fruición, nos dan su presente de amor; y sus voces, sus olores, sus visiones, su tacto y sus paladeos nos hinchen de salud y juventud. Nada sabremos por ellos que no sea noble, sencillo y sano.

¿Recordáis este magnífico delirio de la Agustini? Dice:

«¡Y yo te amo, Invierno!
Yo te imagino viejo,
yo te imagino sabio,
como un divino cuerpo de mármol
[palpitante.
.....
¡Amémonos por eso!
Sobre mi lecho en blanco,
tan blanco y vaporoso como flor de
[inocencia,
como espuma de vicio...»

Pues en cambio esta limpia muchacha montaraz dirá rendidamente al amado:

«Y la suprema delicia
de la más casta impudicia:
dormir desnuda en tus brazos».

Esta noche, en desnudez dormida, en impudicia casta, va por cierto bien lejos de aquel «insomnio» de la Agustini, «que afebra noches negras, negras, que llevan en la frente una rosa de sol».

Podrían multiplicarse las citas para demostrar el yerro. Quien deseara emprender un estudio comparativo, encontraría cien casos, vería cómo la trágica Agustini espiritualizaba su fuego en el tormento y el delirio; mientras Juana, la espontánea y feliz, lo hace en el amor y aun en la candidez con poder frenético de plenitud solar y no con molicie de alcoba tapizada — «gruta de oro y gemas raras». — Radiosa e inefable, se dignifica en el sentimiento, vertiente de sus versos vehementes, pero sanos, que corren como el agua helada y clara en el calor de un mediodía campesino.

Para no apartarnos del libro causa del actual comentario, *Ratz salvaje*, atendamos a la nota más sensual que en él descubrimos, *Como la Primavera*:

«Como un ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste,
diciéndome luego:
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de
[musgos?
¿Con ramas de sauce te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan
[negras
porque acaso en ellas exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierras y a selvas.
¿Qué perfume usas? Y riendo te dije:
—¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera».

Y para no pasar por alto su obra anterior, citemos esto, lo más fogoso de ella quizás:

«Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Si Ud. desea un libro instructivo, al alcance de los niños, busque

De la vida de las plantas

por Juan J. Carazo. Vale \$ 2.00 el ejemplar. \$ 18.00, la docena. Solicítelo a REPERTORIO AMERICANO o Librería Tormo. En Heredia, al señor Inspector de Escuelas, don Remberto Briceño.

Ahora, que calza mi planta ligera
la sandalia vivá de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después... ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?»

Basta, ¿verdad?

Sí, basta. La sensualidad de Juana
de Ibarbourou se opone a la lujuria,
que es vicio; completa y enaltece el
amor, que es virtud. Y así, tiene la
inocente gracia del oro de una espiga
madura y caliente sobre el oro de los
bucles de una virgen niña.

Mirando hacia el origen de esta ex-
celsitud, daremos con la razón de su
saludable limpieza. La poetisa misma,
todavía hoy, cuando años de vida me-
tropolitana la han «tornado tristonía y
pausada», nos lo dice;

«Soy la misma muchacha salvaje
que hace años trajiste a tu lado».

Vino de sus campiñas del Cerro
Largo, verdeantes de trébol y musgo
las plantas, las mejillas mieladas de
sol, tintos de moras los labios y la ca-
bellera esponjada de viento. Y hoy se
declara la misma. Sí, la misma... Sólo
que antes volaba jubilosa su canción
y ahora la sentimos entristecer, empa-
parse de nostalgia. ¿Habremos de
lamentar el cambio? Aquella fiesta
dionisiaca, sojuzgadamente alegre,
salvaje y luminosa hasta cegar, vol-
cada para mayor bien en versos de
una gracia pagana y una emotividad
irresistible, llegaba ayer al amargo
corazón de la ciudad como al cami-
nante el refresco de esas frutas que la
reciben en la fronda sombría, tras el
cansancio arrastrado por la llanada
polvorienta. En tanto que hoy nos
afirmará «Desde el fondo del alma me
sube un sabor de pitanga a los labios»,
sus horas amables se nos revelarán
siempre por la gama de los sauces,
las retamas y los ríos, sus ternuras
temblarán aún al ritmo de los follajes
vivos y al chico vendedor de naranjas
le detendrá para contarle cómo ella
también trepó a los árboles y cómo
«naranjitas pequeñas y verdes, siendo
niña, enhebraba en collares»; pero
toda esta fruición sonará como año-
rada, y el rayo flamígero que nos pe-
netraba jubilosamente se teñirá con
la luz amatista de la melancolía. Una
melancolía, sin embargo, bella, como
una pena amada, levemente llorosa y

cargada de prodigios: un perfume
de heno al atardecer en los caminos
abiertos y solos.

Salvo dos a tres poemas de fuente
a la vista circunstancial o retrospec-
tiva, todo en *Ratz salvaje* responde a
esta nueva modalidad de la insigne
Ibarbourou. Y este nuevo tono de su
poesía adquiere una cúspide punzante
de tristeza, franca de confesión tran-
sida y reveladora de un devenir acaso
próximo, en *Una voz*. La cito por-
que, a más de significativa y de ser una
de las más bellas y de mayor energía
poética del libro, marca un camino de
simplificación de la artista en la forma
externa de su verso:

«Yo no sé qué alma sola
va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma,
así como la mía,
loca y reconcentrada,
ardorosa y hurafía.

He hundido la cabeza entre las manos.

El cantor invisible
se alejó por la calle
blanda de pastos viejos.

Y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
me he quedado soñando.

.....
Por un montón de noches
ya tengo compañero».

No se puede soñar más transparen-
cia ni más simplicidad para herirnos
la fibra de lo recóndito y vago que hay
en nuestras ansias imprecisables du-
rante la soledad. Frente a estos mila-
gros es cuando el encanto-genio se
hace palpable. Habíamos sido, en
cien poemas, fascinados por la artífice,
por la riqueza, la nitidez y la ade-
cuación exacta de sus imágenes, así
como por la perfecta armonía de sus
totales de composición. Nunca esta
sencillez descalza de todos los artifi-
cios y los recursos había colmado
nuestro asombro.

Pues bien, con ello venimos a tocar
el quid de la renovación manifestada
hoy, en cuanto a la forma externa,
por la gran lírica.

Creo vislumbrar lo que sucede.
También yo vivo hastiado de litera-
tismo, y me parece distinguir, princi-
palmente en el lirismo brillante y en
la rima ostentosa, causas de esta espe-
cie de náusea espiritual.

La continencia lírica exige, no obs-
tante, gran justeza de medida. Juana
de Ibarbourou ha triunfado en su es-
fuerzo porque ha equilibrado la poda;
pero es muy fácil tronchar la vid. No
se debe prescindir en absoluto de la
imagen, por ejemplo. Las ideas abs-
tractas, los sentimientos en su des-
nudez original, no llegan a quien
deseamos comunicarnos si no los ha-
cemos entrar por alguno de los sen-
tidos. La imagen, que en horas de
hastío literario se nos figura una mu-
leta, compone más bien una mitolo-
gía que encarna o materializa la idea

y la hace tangible al vestirla de una
sensación; hiere los sentidos, apro-
xima un término de comparación que
la precisa y robustece, sacude la fa-
cultad de evocar y da vida entonces
con doble fuerza al pensamiento abs-
tracto en el espíritu. Los sentidos
serán siempre puertas obligadas, las
sensaciones, llaves de esas puertas
reales del alma. Sólo el adjetivo y el
verbo enérgicos y sorprendidos, que
concretan sintéticamente, matizan y
relacionan el sustantivo abstracto
«sugiriendo» la imagen sensorial, pue-
den reemplazar, y en ciertos casos
con ventaja de concisión y elegancia,
al símil o vehículo impresionador.

Quede así rendido a la artista de
Ratz salvaje un aplauso por su maes-
tría. La moderación literaria de estos
nuevos versos suyos resulta—aunque
creo que algunos lo dudarán—tan efi-
caz como sus fuegos anteriores: y, por
añadidura, dan a su lírica entonación
grave y tranquila que la enaltece.

No insistimos en otros aspectos de
evolución formal revelados en este
volumen con relación a *Las lenguas
de diamante*, como la rima asonantada
y a veces rehuída. Anotemos, sí, que
todas las virtudes esenciales de la
poesía anterior subsisten. La adjeti-
vación es siempre llena de poder evo-
cativo y de novedad, guardando su
dosificación equilibrada en honor al
buen gusto. La sentimentalidad apa-
rece siempre plena y raramente feme-
nina. La transparencia del verso, su
tersura de lago, la rusticidad del im-
pulso, en fin, ennoblecida por el don
de la forma fina, todo permanece. Y
además, hay una de filosofía leve de
hechicera feminidad, como en *Cenizas*,
Noche de lluvia..., ¡Ah, revisando el
libro, cómo provoca transcribir! *Olor
frutal*, *Melancolía*, *Sol fuerte*, *Estío*,
Los pinos, *La tarde*, *La higuera...*
página a página, todo el volumen.

Pero escribo para el periódico...

Sin embargo, para concluir, y por-
que advierto haber callado sobre el
sentimiento del paisaje, que Juana de
Ibarbourou posee en grado excepcio-
nal, agregaremos este soneto impeca-
ble y espléndido de luz, aire y color:

LA PESCA

La espuma me salpica como un rocío blanco
y el viento me enmaraña el cabello en la

[frente.

A mi espalda está el verde respaldo del

[barranco

y a mis pies el gran río de elástica corriente.
Rumores de la selva y rezongos del agua.

Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
la mancha oblonga y negra que pinta la

[piragua

en la fresca penumbra del recodo sombrío.
No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
de todo pensamiento y de toda quimera.
Soy en este momento la hembra primitiva
atenta sólo al grave problema de su cena,
y vigilo glotona, con un ansia instintiva,
el corcho que se mece sobre el agua serena.

Rafz Salvaje es, en suma, un libro grande como todo lo de este genio del encanto, de la sensación y del sentimiento apasionado y eglógico; pero además un libro de renovación espiritual y estética, un libro más tranquilo que *Las lenguas de diamantes*, de una emotividad menos estruendosa, más firme de majestad y un poco recogido en la tristeza.

Y es por esto tal vez que, primero al volver su última página y ahora al suspender estas presunciones críticas, queda esta pregunta temblando en mis labios: ¿Hacia dónde va en su evolución esta alma frutiva que se entristece?

EDUARDO BARRIOS

(*La Nación*, Buenos Aires).

La justicia de los tiranos

EN edición de hoy mismo publicamos la solicitud que un grupo de personas dirigirá al C. Presidente de la República tan luego como se termine de recoger el mayor número de firmas posible—firmas que en este momento, según se nos informa, ya son numerosas. Se refiere la solicitud a pedir del alto funcionario su intervención «en los procesos entablados en contra del señor Dr. don Manuel Estrada Cabrera, *exigiendo* a los funcionarios públicos que tienen a su cargo tales procesos, dicten, a la mayor brevedad y por haber pasado el término legal, la sentencia que absuelva o condene al enjuiciado, siempre que sea, como debe ser, *dentro de los rigurosos límites de la Justicia*».

Cambiaría radicalmente la significación del hecho que comentamos si los solicitantes se concretaran a pedir, o a *exigir* como ellos dicen, la rigurosa aplicación de nuestras leyes sobre Estrada Cabrera, reo de delitos comunes. En este caso ejercerían un derecho de petición accesible a todos los ciudadanos, por más que la intromisión del Presidente de la República, *exigiendo* a los tribunales que, a la mayor brevedad, dicten condena o absolución para el reo, lastime seriamente el decoro y la independencia constitucional de uno de los Poderes del Estado.

Pero a los solicitantes no les basta con tal muestra de *amistad* hacia el viejo déspota guatemalteco. Sin duda les parece muy poco; y para encontrar el argumento supremo, la alta razón moral, el derecho sagrado e inapelable que no encuentran en la ley, proclaman llegarse hasta el Jefe del Estado «trayendo la representación de la opinión pública» e invocando, no sólo los fueros de la justicia del pueblo, sino de la Justicia inmanente (así con mayúscula), de ese sentimiento que constituye la más alta aspiración de la conciencia humana, regla de toda ética, base de toda religión y médula de todo derecho que, por su infinita amplitud, escapa al precario molde de los códigos escritos.

Pasma considerar la cínica osadía de esa pretensión. Nosotros, antes que nadie, protestaríamos de que sobre la persona de un reo cualquiera se acumularan venganzas y pesadumbres que repugnan al espíritu liberal de nuestras leyes. Quisiéramos ver a Estrada Cabrera, alguna vez, a derechas con el Código, en la situación civil a que sus responsabilidades consiguientes le conduzcan. Pero no podemos admitir que se tome el sentimiento patrio como un trapo vil, destinado a enjugar las manos, todavía ensangrentadas, del «penúltimo tirano de América».

Pedir el amparo de la ley para el reo, está muy bien. Pero indigna sinceramente, y asombra, y asquea, que se invoque la justicia para absolver a aquel para quien ésta fuera escarnio, y burla y ruin recurso de leguleyo; que se hable de las «ventajas de tener en la cárcel a Estrada Cabrera» como si el derecho de los pueblos a castigar a sus verdugos constitucionales fuese objeto de trata mercantil; que se traiga a cuento el *honor nacional* en beneficio de quien encarnara inconfesables deshonras para la nación, que lo sufrió como un castigo y lo exhibió como una lacra; que se pregunte si los países extranjeros, que nos vieran de rodillas lamiendo los zapatos de un déspota vesánico, apaleador oficial, capataz de la *finca República de Guatemala*, reyezuelo de una tribu de Centro América, verdugo condecorado merced al dinero del pueblo, antítesis viviente del espíritu de los tiempos, —inconcebible para los hombres de otras latitudes y de otras razas, que no nos dieron su compasión porque fué mayor su desprecio hacia nosotros—preguntar, repetimos, si esas naciones extranjeras «no censurarán la prisión» del amo convertido en reo de *delitos comunes*, pues el marco de la ley es demasiado estrecho para contener sus crímenes políticos; y afirmar, por último, a la propia faz del General Orellana que si la solicitud de referencia «no le fuera dirigida a Ud. en su condición de Presidente de

la República, estamos *seguros* que su respetable firma *honraría* en primer término, este documento», es sencillamente agotar los términos del cinismo y la falsía; convertir en recurso de tinterillo y en arma de bajezas políticas el honor de un pueblo; colocar la mentalidad de europeos y norteamericanos al nivel de cualquiera horda australiana y suponer al General Orellana desposeído de un elemental sentimiento de deber y de justicia.

Hay contrastes que abochornan. Mientras en México y otros países libres del Continente se insinúa una campaña contra la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela, *la última vergüenza de América, después de la caída de Estrada Cabrera*, entre nosotros hay quien asuma, ensoberbecido y amenazante, la defensa de una abominación peor que la de Venezuela; y eso en nombre de la Justicia escarnejada y de la opinión del pueblo de Guatemala...

Sólo una aberración del sentido moral; sólo una inversión de la conciencia, fruto monstruoso del servilismo de medio siglo, puede explicar proceder como el comentado. Acaso una mala inteligencia de lo que debe ser la amistad para el Dictador caído, lleva a la mayoría de los firmantes a vilipendiar en tal forma a su propio pueblo y a su misma Patria, que según ellos, aparece como reo de tremenda injusticia contra la persona de su Bienhechor. Así queremos creerlo; pero aun es tiempo de que cada cual recapacite sobre el valor de un acto que nos exhibirá en actitud más inhumana que muchas que impuso a sus siervos la tiranía misma.

Que se pida el rigor legal para el reo; pero que se evite este póstumo atentado a la Justicia.

(*El Imparcial*, Guatemala).

La nota de Washington al Gobierno de Honduras

Se ha vuelto recurso habitual en la política centroamericana, del que ya nadie se admira, ir a impetrar a la Casa Blanca su intervención en los conflictos internos de estas repúblicas. Candidato despechado, revolucionario ambicioso, político intrigante o presidente dictador, todos vuelven los ojos a Washington pidiéndole su venia y su apoyo, para lo cual se echan el patriotismo a la espalda y los escrúpulos en un saco. La prensa guatemalteca acaba de publicar telegramas de este jaez, transmitidos de otros puntos del Istmo: «Gran regocijo ha causado la

solución dada al problema hondureño por el Gobierno Americano, permitiendo la dictadura del General López Gutiérrez... Los diarios publican la nota americana que cierra las puertas a la reelección del Presidente Martínez, de Nicaragua... *El Comercio*, de Managua, dice que el General Carías dirigió al Departamento de Estado norteamericano solicitando intervención, contestando éste que el Gobierno de los E. U. *no desea intervenir* y reconocerá la elección que haga el Congreso por respeto a la soberanía hondureña».

¡Quién les iba a decir a los hombres libres, que nos legaron una patria libre, que en tiempos venideros «causaría regocijo» la intervención extraña que «permitiera una dictadura en el territorio de Centro América», y no precisamente a los partidarios de esa dictadura, sino a los ciudadanos de otro país del Istmo, ajeno a esas luchas locales!

No les vamos a dar un valor decisivo a los telegramas en cuestión, redactados por la inconsciencia y el servilismo más triste; pero es el caso que tales noticias forman eco a ciertos hechos que pintan muy al vivo el estado moral de Centro América en estos momentos. Aparte de las frases transcritas, la verdad es que las peticiones y las súplicas a Washington ya no se recatan: los miserables intereses de bando, la ambición caudillesca y la intriga politiquera encuentran engorrosos y poco seguros los procedimientos que aconseja la diplomacia, y se van urgentemente al grano, por la premiosa vía telegráfica, para que la Casa Blanca conceda pronto el *Visto Bueno* a esta contabilidad de la impudicia.

¿Qué pensarán de todo ello en el Departamento de Estado? ¿Qué podemos echarle en cara al llamado imperialismo yanqui? ¿Sobre quién recae la mayor responsabilidad sobre la suerte de Centro América?

No cabe en una simple nota de comentario, el análisis de una cuestión tan ardua y tan contradictoria en sus términos. Pero creemos del mayor interés y de la más viva oportunidad para juzgar del papel que desempeñan los Estados Unidos en el conflicto hondureño, dar a conocer a nuestros lectores, en extracto, la «nota americana» dirigida al Gobierno de este país hace breves días, y en la cual se expresan los puntos de mira de la política norteamericana hacia las repúblicas ístmicas.

La versión que publicamos se nos ha proporcionado por persona que la tradujo del *New York Times*, donde se insertó originalmente.

El Gobierno de los E. U.—expresa, en síntesis, la nota—aconsejó repetidamente, aunque sin resultado, un

acuerdo entre los candidatos a la Presidencia de Honduras, que evitara la revolución: desea ahora acentuar la grave situación en que se colocará Honduras si no se alcanza el arreglo referido. La situación económica de la nación, mala de por sí, se tornará aún más precaria; su crédito, demasiado bajo, sufrirá mayor depresión en caso de revuelta; el comercio quedaría paralizado; los recursos y los ingresos del Gobierno disminuirían o desaparecerían; cualquier Gobierno, el presente u otro futuro, encontraría suma dificultad, si no imposibilidad, para mantenerse en el Poder, y el reciente desarrollo comercial, industrial y económico de Honduras sería sacrificado... Más aún: los esfuerzos de Honduras, en la Conferencia de Washington, encaminados a crear una condición más próspera y estable en Centro América, serían seriamente obstaculizados.

El Gobierno de los E. U. está siempre dispuesto a ayudar en toda actividad constructiva; y quiere cooperar a la solución de la actual crisis; pero demanda la más seria atención para estas consideraciones político-económicas, que tienen la más alta importancia. No siente preferencia por partidos ni candidatos y no ejercerá influencia en pro ni en contra de ellos; pero está presto a dar cooperación, asistencia y ayuda a cualquier Gobierno electo como la expresión de la voluntad de los electores mediante comicios libres e imparciales.

Si este llamamiento resultare infructuoso, el Gobierno de los E. U. consideraría cumplido su deber moral hacia los países vecinos y la responsabilidad del daño debe caer sobre aquellos que no desean llegar a un arreglo de sus diferencias políticas.

Su actitud (del Gobierno) con respecto a reconocimiento de gobiernos centroamericanos, cuyos representantes firmaron en Washington el 7 de febrero de 1923 un Tratado de Paz y Amistad, en el cual los E. U. no fueron parte, pero con cuyas estipulaciones están de acuerdo de todo corazón, será en consonancia con el Art. 11 de ese Tratado, el cual estipula que las partes contratantes «no reconocerán a ningún gobierno que surja de un golpe de Estado o de una revolución contra un gobierno reconocido, mientras la representación del pueblo, libremente electa, no resuelva la situación legalmente». Y aun en este caso, no habrá reconocimiento si el Presidente, Vice-Presidente y Diputados electos estuvieren en dos casos que la nota expresa, y que se refieren a nexos de consanguinidad o meramente de cargos administrativos, militares o políticos que les hagan sospechosos de parcialidad.

No vamos a discutir a la luz del

derecho autónomo de las naciones libres la doctrina que se encierra en las anteriores declaraciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos; pero sí hemos de advertir que en ellas no se contiene nada lesivo para el honor y los intereses, más prácticos que teóricos, de Centro América. No puede decirse lo mismo, por desgracia, del proceder de los candidatos y bandos políticos con respecto a la Casa Blanca y su pretendida intervención, por lo menos mientras noticias como las que extractamos al principio de este artículo, no sean ampliamente desmentidas. La conducta de esos ambiciosos sólo merecería el calificativo que la conciencia honrada de cada centroamericano le dicte, ante los hechos vergonzosos de una *política* que representa la más descarada *trata de pueblos* que registra nuestra historia.

(*El Imparcial*, Guatemala).

La Parábola de Jesús airado en el templo

Refiérenos la Historia Bíblica, que cuando Jesús vió el templo de Jerusalem profanado por los mercaderes, sintió una divina indignación que le hizo echarlos a latigazos de aquella *casa de oración*. Ha dado mucho en qué pensar a los cristianos aquella inusitada violencia del Maestro y muchos no se la explican todavía.

También el hombre tiene en lo más profundo de su corazón un santuario donde atesora los sentimientos más amados, las emociones más tiernas. En las horas apacibles se recoge en una dulce meditación para saturar su espíritu de poesía y de amor.

El podrá ver con resignación la pérdida de los bienes materiales. Hasta la misma muerte puede serle indiferente; pero si un pensamiento extraño trata de escalar ese santuario oculto de su corazón para profanarlo con voces de mentira o de calumnia, entonces se le verá airado, dispuesto a dar su vida en la defensa de ese misterioso recinto en donde guarda su tesoro.

EFRAIM SÁENZ C.

Abril, 1924

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
Precio de cada serie \$ 2.50

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Doctor Constantino HerdociaDe la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

"Pegaso"

Montevideo-Uruguay

Es la única revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo**Revista de Filosofía**

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por
José Ingenieros
y **Aníbal Ponce**Suscripción anual: 5 dólares
Adr.: **Alberto L. Rosso**

Belgrano 475

Buenos Aires, República Argentina

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLAPreparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÉUDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCODelicioso perfume
Antiséptico
Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

